

pósito para estudiar ó escribir con facilidad.”

5ª “Sirve mucho para excitar la imaginacion la prévia lectura de autores que hayan tratado sobre la materia de nuestrás meditaciones. Algunas veces, especialmente para hablar en público, convenirá leer antes obras de poesia ó de elocuencia sentimental aunque traten de materias ajenas de las que queremos hablar.”

6ª “La música por lo comun excita la imaginacion, exalta las ideas y nos dispone á meditar con atencion y escribir con calor sobre cualquier objeto.”

7ª “Es indispensable haber asistido á las grandes escenas de la naturaleza para saber describirlas; haber viajado para conocer el fisico y moral de los pueblos y haber sentido en sí, ó en otros, los efectos de las pasiones para saber pintarlas y corregirlas.”

8ª “Para conmovér á los otros es necesario que el orador antes esté conmovido.”

9ª “Los sentimientos y creencias religiosas son los antecedentes necesarios para aspirar á la elevacion de las ideas, á la sublimidad de las concepciones y á la grandiosidad de los pensamientos. La fé en Dios, en la espiritualidad del alma, y en la existencia de la vida futura, es lo que nos hará superiores á la inercia de la materia, á la ruindad de los brutos y á las miserias de la nada.”

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LA IDEOLOGÍA.

PARTE SEGUNDA

DE LA IDEOLOGIA.

LECCION I.

DE LA ALMA HUMANA.

“**PUEDO** concebir un hombre, dice Pascal, sin manos, sin pies; y lo concebiria aun sin cabeza, si la experiencia no me enseñase que en la cabeza reside especialmente la sustancia pensadora. El pensamiento es por tanto lo que constituye el *ser* del hombre; y sin el pensamiento no puede ni concebirse. ¿Qué es lo que siente el placer en nosotros? ¿es la mano? ¿es el brazo? ¿es la carne? ¿es la sangre? No: no puede serlo sino una sustancia inmaterial . . . Tenemos tan grande idea de la alma del hombre, que no podemos tolerar ser despreciados y carecer de la estimacion de una alma . . . Se estima en tanto la *razon* del hombre, que cualesquiera que sean las ventajas de que se goce en el mundo, no hay quien no se considere desgraciado, si no ocupa un lugar distinguido en la razon del hombre . . . El hombre es la caña más débil de la naturaleza; pero es una caña pensadora . . . Toda nuestra dignidad consiste en el pensamiento. Un vapor, una gota de agua basta para matarlo; pero aun cuando

el universo lo reduzca á pequeños pedazos, el hombre es mas noble que el universo, porque sabe que muere; y el universo material ignora las ventajas físicas que tiene sobre el hombre. Así, toda nuestra dignidad consiste en el pensamiento, y no en el espacio que ocupa nuestro cuerpo, ni en la duración de nuestra existencia sobre la tierra. Trabajemos, pues, en pensar bien: este es el principio de la moral.”

“El cuerpo del hombre que parece la obra maestra de la naturaleza, dice el ilustre arzobispo de Cambray, no es comparable á su pensamiento . . . Encuentro en el espíritu una mezcla incomprensible de grandeza y de debilidad. Su grandeza es real: reúne sin confusión lo pasado con lo presente, penetra con sus razonamientos hasta el porvenir: tiene idea de los cuerpos, y de los espíritus; la tiene hasta de lo infinito, porque afirma de él todo lo que le conviene, y niega lo que se excluye de su naturaleza . . . Este mismo espíritu que vé sin cesar lo infinito, no conoce perfectamente los objetos que lo rodean; se ignora á sí mismo; marcha como á tientas en un abismo de tinieblas; no sabe lo que es; ni cómo está unido á un cuerpo; ni cómo tiene tanto imperio sobre los resortes de un cuerpo que no conoce bien.”

“¿Nos hemos de entregar de tal modo á las cosas materiales, dice el elocuente obispo de Hermopolis, que no nos parezca mas que una quimera cuanto está fuera del alcance de nuestros sentidos; y de tal suerte nos hemos de engolfar en cálculos áridos y de una evidencia grosera que sólo nos inspiren tedio y menosprecio las cosas morales y espirituales, que nada pierden de su verdad porque sean menos palpables? Si: parece que en nuestros días particularmente se han agotado todas nuestras facultades en componer y descomponer los cuerpos; en manejar en cierto modo sus resortes físicos; y en

perdernos en el inmenso pormenor de los elementos y de las partes de este mundo visible; sumiéndonos en cálculos sin fin, ni conexión alguna con nuestros deberes. Parece, en efecto, que el entendimiento no puede ya pensar, ni el corazón sentir otros deseos; y que la imaginación carece ya de vigor para elevarse al Autor de todas las cosas, penetrándonos de su grandeza, poder y beneficios; y para excitarnos al conocimiento de nosotros mismos, de nuestra alma, y de sus facultades y destino. Sin embargo, ¿qué cosa mas digna de nuestros pensamientos y meditaciones! Dejemos, señores, dejemos una filosofía puramente animal, que no estima ni aprecia mas que al hombre animal; y como verdaderos filósofos sepamos considerarle en esa inteligencia que le constituye rey de la naturaleza . . . No nos detengamos en los adornos que decoran el exterior del templo, y entremos en el santuario para admirar su riqueza y magestad. La grandeza del hombre no está en esa parte de sí mismo, que pasa y muere: bajo de este punto de vista se asemeja demasiado á las bestias, pues vive y muere como ellas; su verdadera grandeza consiste en su inteligencia. Y qué ¿esta alma que vive y piensa dentro de mí, mas activa que la llama, mas veloz que el relámpago, mas grande que el universo que abraza y mide con su comprensión; esta alma, que multiplicándose en cierto modo en todas las épocas y lugares, vive en lo presente por el conocimiento actual, en lo pasado por la memoria, en lo futuro por la prevision; y que pasando los límites del tiempo y del espacio se engolfa en lo infinito; esta alma no merece fijar nuestra atención, mas bien que este cuerpo, que al fin no es mas que un monton de vil polvo?”

LECCION II.

NATURALEZA DEL ALMA.

Tal vez no faltarán quienes critiquen el que en unos elementos de Ideología se inquiera la naturaleza del alma humana, creyendo que semejante cuestion es propia de la Metafísica. Pero sin negarles el que en verdad sea del dominio de la ciencia que trata de los espíritus, les preguntaremos con confianza, ¿y la ciencia que hoy con un nombre nuevo se llama *Ideología*, es otra cosa que un compuesto de Metafísica y Lógica? ¿no tiene por objeto la naturaleza, origen, formación, composición y deducción de las ideas, materias de las discusiones de la Lógica y Metafísica? ¿podremos investigar la naturaleza de las ideas, sin conocer la de la sustancia que modifican y en que se reciben? ¿habeis hecho una objecion semejante á los que magistralmente han enseñado que nada hay en esas operaciones intelectuales que no pueda convenir á cualidades corpóreas? ¿no recibisteis como un oráculo la afirmacion de que la Ideología es un ramo de la ciencia *Zoológica*? ¿ha de ser permitido escudriñar detenidamente la naturaleza y propiedades de los cuerpos que producen las sensaciones; y no ha de ser lícito averiguar la esencia de la sustancia que en nosotros siente y percibe? ¿se ha de jurar en las palabras de los que no ven en el hombre mas que una materia organizada; y no han de querer escucharse demostraciones mas evidentes que las matemáticas con que se prueba invenciblemente que “*en el hombre no todo muere*” como decia Horacio; que es animado por un sér que lo constituye rey de la creación; y que por el alma pertenece á los puros espíritus, y por el cuerpo sirve de eslabon á la cadena que une aquellas nobles sustancias con las visibles

y materiales? Es, pues, necesario elevarse al conocimiento de la naturaleza, del espíritu que vivifica al hombre, para apreciar debidamente la naturaleza de las facultades intelectuales.

Llamamos *Alma humana la sustancia que en el hombre siente, percibe, juzga, raciocina y reflexiona sobre sus operaciones*. “Esta sustancia es espiritual.”

1.^a DEMOSTRACION.

Por medio de los sentidos de la vista, oído, gusto, tacto y olfato se pone el hombre en relacion con los séres corpóreos que lo rodean: estos cuerpos al herir los órganos de nuestros sentidos producen en ellos una impresion que por medio de los nervios y fibras se comunica al cerebro; órgano comun del sentimiento; pero entre este sentimiento y la sensacion que experimenta el alma hay mucha diferencia. Para que el alma perciba esa sensacion es necesario que atienda á ella, que la advierta: entregado el hombre al sueño, ó estando sumamente distraido, pueden ser heridos sus órganos sensorios, la conmocion se comunicará al cerebro; pero el alma no sentirá. Los sentidos exteriores reciben las impresiones físicas de los objetos; pero no las conocen ni distinguen unas de otras: el ojo ve los objetos; pero no conoce lo que ve: el oído percibe la sensacion que causa la vibracion del aire; pero no tiene idea del sonido: el ojo ignora lo que pasa en el oído; no puede juzgar de la melodia ó desacuerdo de los instrumentos: el oído nada indicará sobre los fenómenos de la vision: el ojo mismo es incapaz de asegurarnos si los colores existen en los cuerpos, ó son únicamente el resultado de la refraccion de los rayos de la luz. ¿Y podrán cerciorarnos de que la misma luz no es otra cosa que emanaciones del cuerpo luminoso, ó una incandescencia de la atmósfera terrestre producida por la presencia del

luminar? Convengamos en que además de los órganos sensorios existe un principio único en donde reside la sensación, compara una con otra y las estima en lo que realmente son. “No solo conocemos nuestras sensaciones, dice el célebre Mr. de la Lucerne, no solo reflexionamos sobre lo que ellas nos presentan; sino que comparamos frecuentemente unas con otras. Así es que á un mismo tiempo experimento diversas sensaciones, excitadas unas veces por un mismo objeto como cuando veo, gusto y sirvo un manjar, ú oigo y toco un instrumento; y otras excitadas por muchos, como cuando oigo una música, veo unas personas, siento el calor del fuego, percibo un olor, y como una fruta. Yo distingo perfectamente estas sensaciones, las comparo, y juzgo cuál de ellas me agrada y conmueve mas; prefiero una á la otra y la elijo: de aquí se infiere que este *yo* que compara las diferentes sensaciones, es sin duda un sér simple; porque si fuera compuesto recibiria en diversas partes las varias impresiones que cada sentido le transmitiere: los nervios del ojo, por ejemplo, llevarian á una parte las impresiones de la vista; los de la oreja á otra parte las impresiones del oido; y así los demas. Si las distintas partes del órgano físico del cerebro, por ejemplo, fuesen las que recibieran cada una por su lado las sensaciones, ¿cómo se verificaria su reunion y comparacion? Toda comparacion exige un *comparador*, así como todo juicio requiere un juzgador; y estas operaciones no pueden verificarse, sin que las diversas sensaciones vayan todas á parar á un sér simple. Un escritor que no puede ser sospechoso á los incrédulos relacionando esto mismo, se expresa así: “*Se puede decir que esta prueba es una demostracion tan evidente como la de los géometras; y si no todos sienten su fuerza, es porque no han podido, ó no han querido clexarse mas allá de una imaginacion grosera.*” (Bayle, tom. 1, pág. 110.)

2.^o DEMOSTRACION.

No podemos conocer las cosas sino por las ideas que nos las representan, ni distinguirlas y juzgar de su oposicion ó conveniencia, sino por las nociones puras y exactas que tenemos de los objetos. Cuando dos cosas tienen definiciones, propiedades y efectos opuestos de manera que lo que se afirma de una se niega de la otra, estas dos cosas no tienen la misma naturaleza: esto sucede con el pensamiento y la materia.

La materia tiene extension, ó sus partes están colocadas unas fuera de otras: el pensamiento es simple y sin division de partes: es verdad que los objetos corpóreos del pensamiento pueden ser de diverso tamaño, ó magnitud; pero la percepcion que tengo de ellos no se mide por sus dimensiones, ni la idea que formo del sol es mas ancha ó larga que la de una flor.

La materia tiene forma, figura y color: el pensamiento carece de estas cualidades. El alma, fuera de esto, tiene idea ó conocimiento de cosas incorpóreas como son la *duracion, el tiempo, los actos de su propia voluntad.*

La materia es divisible, esto es, pueden separarse sus partes unas de otras: el pensamiento por el contrario es indivisible, y ó no existe, ó existe todo entero: á nadie le ha ocurrido asegurar que tiene la mitad ó cuarta parte de un pensamiento.

La materia es susceptible de movimiento, ó de trasladarse de un punto á otro del espacio: el pensamiento nada tiene de comun con el movimiento. Pienso en mis operaciones interiores, en querer, no querer, reflexionar, juzgar: ¿ha ocurrido á alguno decir que estas operaciones tienen lugar por virtud del movimiento? Por otra parte, en todo juicio negativo existen dos ideas, dos conocimientos; ¿si es-

tos fuesen movimiento, ó consistiesen en movimiento, no es cierto que seria imposible un juicio negativo, puesto que siendo iguales, pero opuestos entre sí, se destruirian mutuamente?

Reasumamos: la materia tiene extension, figura, divisibilidad, capacidad de movimiento: el pensamiento es incompatible con estas propiedades; luego no es materia; luego la sustancia que en nosotros piensa es espiritual.

3.^a DEMOSTRACION.

El principio pensador y sensible que nos anima es siempre el mismo; ayer, hace diez años, veinte ó treinta, no tenia otra alma que la que tengo hoy: la materia organizada, sea vegetal ó animada, está sujeta como lo enseñan las simples nociones de Fisiología y Anatomia á una sucesion ó *flujo* continuo de partes.

La materia es inerte; no es capaz de cambiar el estado de quietud ó movimiento que una vez se le haya impreso: el principio pensador y sensible que nos anima es libre en sus operaciones; si quiere, quiere voluntariamente; con la misma libertad deja de amar lo que ha amado; y puede pensar en lo que se le antoje.

El principio pensador y sensible que nos anima es capaz de concebir y de entender los seres abstractos, morales, puramente posibles y aun los futuros: nada de esto es propio de la materia, que no puede ser movida ni impresionada, sino por seres corpóreos que estén presentes y en contacto actual con ella al tiempo de la accion.

LECCION III.

DE LA UNION DEL ALMA Y DEL CUERPO HUMANO.

No hay seres creados tan desemejantes entre sí como el espíritu y la materia; y no obstante eso no hay seres tan íntimamente unidos como el alma y el cuerpo del hombre. Los movimientos del cuerpo producen casi siempre ciertos pensamientos en el alma; y los pensamientos y determinaciones del alma producen indefectiblemente movimientos en el cuerpo.

Esta union no es obra de un convenio: la materia no es capaz de voluntad para celebrarlo; y el alma no se ha unido al cuerpo ni lo ha elegido por su propia deliberacion. Ni aun puede cesar esta union sino por la disolucion de partes ó destruccion del cuerpo.

Esta dependencia es recíproca. Quiere el espíritu; y el cuerpo se sujeta y obedece al imperio del alma, y se mueven todos sus miembros como si fueran impelidos por las máquinas mas poderosas. Muévense por el contrario, los órganos corpóreos; y al instante se producen en el alma determinadas sensaciones y representaciones mentales de los objetos que han herido los sentidos.

El imperio del alma sobre el cuerpo es absoluto: la simple voluntad, sin esfuerzo ni preparacion alguna hace mover instáneamente todas las partes del cuerpo segun las reglas de la mecánica. Quiero mover un brazo, y al momento los músculos se ponen en accion, los nervios se tienden, todos los resortes se apresuran á concurrir al movimiento, y toda la máquina obedece al impulso como si cada uno de los órganos mas secretos oyese una voz soberana y omnipotente.

El alma que gobierna la máquina de su cuerpo,

mueve sin duda todos sus resortes; pero no los ve, no los discierne, ignora su figura, su situacion, su fuerza; y á pesar de eso no se equivoca, no se engaña; no toma unos por otros. El espíritu impone sus órdenes á lo que no conoce, y es obedecido; las ejecuta la materia que carece de conocimiento y que es incapaz de la voluntad de obedecer.

¿Cómo se ejerce esta maravillosa influencia? Lo ignoramos; pero no por eso es menos cierta. ¿Cuántas cosas no conocemos y no por eso nos atrevemos á negarlas? ¿Podremos asignar con certidumbre la causa porque la aguja se dirige siempre al polo? ¿Se podrá dar una explicacion satisfactoria al fenómeno que se observa aplicando una misma extremidad de un cuerpo de acero á las dos diversas puntas de la aguja tocada á la piedra iman, escapándose ó huyendo por expresarnos así, una punta de la misma extremidad del acero que fuertemente atrae á la otra? Sin embargo esto es cierto, y á ninguno ha ocurrido negarlo por no entender la causa que produce este efecto tan admirable. El hombre ignora, es verdad, el modo con que su alma mueve á su cuerpo; pero tiene poder para hacerlo, y este poder, le ha sido dado por el que ve, lo que el hombre no puede ver, y le da el poder de hacer lo que no comprende como se hace: *Fecit Deus mirabilia solus.*

LECCION IV.

DE LA FACULTAD DE SENTIR.

Ya hemos dicho que sensacion es la impresion que los cuerpos exteriores producen en nuestros órganos: tambien hemos explicado como aunque la impresion inmediata se haga en los órganos destinados á recibirla, se comunica por medio de los ner-

vios y fibras al cerebro que por eso es considerado como *sensorio comun* segun lo denominan los filósofos. Pero hasta aquí, bien que hayamos dado una idea del mecanismo de la sensacion, nada sabemos de la sustancia que en nosotros siente y se modifica por el sentimiento, y del fin con que Dios nos ha hecho sensibles.

“El alma es quien siente,” dice muy bien Condillac, y en la testificacion de esta verdad están acordes la razon y la experiencia. “La sensibilidad propiamente dicha, asegura Mr. Destutt-Tracy, es aquella propiedad de nuestro sér, en virtud de la cual recibimos diferentes especies de impresiones, de las cuales somos sabedores, y á las cuales llamamos sensaciones . . .” Las sensaciones por sí mismas nada nos dicen sobre el modo con que se comunican desde el órgano sensorio hasta el cerebro; y menos como se transmiten al alma: todo lo que por ellas *sabemos* es, que un cuerpo ha herido nuestros sentidos. Tampoco discernimos por ellas si ciertas cualidades, por ejemplo, el olor, el color, el frio, que se hacen sentir en nuestros órganos al aplicarse á ellos los cuerpos exteriores, existen en ellos, son únicamente modificacion de las partes que los componen, es la reflexion ó refraccion de los rayos luminosos, ó la ausencia de otra sustancia cualquiera.

Las sensaciones sirven á la alma para instruirla de lo que debe solicitar ó huir; para atender á la conservacion del cuerpo á que está unida; para conocer las propiedades y naturaleza de los objetos exteriores. Pero la instruccion que el alma recibe de las sensaciones es imperfecta si no juntamos á ellas el uso de la razon. El dolor nos hace conocer que alguna parte de nuestro cuerpo está mal dispuesta, ó herida desagradablemente por un objeto exterior; y esto nos hace inquirir el remedio conveniente ó separarnos del cuerpo extraño que

nos incomoda. Lo mismo acontece con el placer ó gusto: el que experimentamos al comer ó beber nos induce á buscar y ministrar al cuerpo los alimentos necesarios y emplear al efecto las partes en que sentimos ese gusto. Dios ha dispuesto de manera las cosas que lo que es conveniente al cuerpo, es acompañado de placer; y lo que le es dañoso, es acompañado de dolor. El placer y el dolor sirven al alma de instruccion para conocer lo que debe al cuerpo, y esta instruccion es útil con tal que sea presidida por la razon. Porque no todos los placeres son permitidos: no todo lo que es agradable es útil al cuerpo; y el exceso en los placeres es muchas veces causa de la destruccion del cuerpo mismo: sucede tambien que lo que nos causa mucho dolor al sentirlo, es el mejor remedio de nuestros males.

La diversidad de las sensaciones nos sirve tambien para distinguir los objetos; porque indudablemente lo que veo amarillo es distinto de lo que se me ofrece como verde; y lo dulce es diferente de lo amargo. Esto no es discernir la naturaleza de los objetos, sin duda; pero es conocerlos por las propiedades que los distinguen, lo que basta para hacer un uso conveniente de ellos.

Pero sobre todo, lo que prueba convincentemente que en el alma reside la facultad de sentir es: 1º que el cuerpo aunque provisto de todos sus órganos, no muestra señales de sentimiento luego que el espíritu cesa de animarlo: 2º que cesando de ejercer su influjo en alguna parte del cuerpo, como sucede en las parálisis, esta parte se hace insensible á la mas poderosa impresion de los cuerpos exteriores: 3º que las sensaciones por sí mismas no son suficientes á llenar su destino sin que la razon presida y dirija su testimonio. Las sensaciones me aseguran que la luna es menor en el zenit que en el horizonte: que una vara recta se quiebra al in-

troducirse en el agua: que los colores existen en los cuerpos; y que éstos son frios ó calientes segun se nos hace sentir al aplicarlos á nuestro cuerpo: sola la razon con sus dictámenes, y la comparacion de las sensaciones entre sí, que hemos demostrado no puede hacer sino una sustancia superior á la material que recibe la mecánica aplicacion de otros seres materiales, es la que puede distinguir una sensacion de otra, determinar su naturaleza, y corregir las falsas indicaciones que hacen de sus objetos.

Al alma se ha dado la facultad de sentir, no solo para atender á las necesidades y placeres del cuerpo, sino tambien para enriquecerse con el conocimiento de la naturaleza. Porque el alma posee en sí misma principios de verdad eterna; y un espíritu de relacion con que se hace dueño, por decirlo así, de los seres materiales de la creacion. Está unida á un cuerpo, pequeño en verdad, pero que forma un todo y está en relacion con el universo. La union del cuerpo y del alma se halla tan bien formada; el orden es tan perfecto, y la correspondencia entre ambos tan bien establecida, que el alma que preside á este maravilloso compuesto, es advertida por las sensaciones de lo que pasa dentro del cuerpo, de las sustancias materiales que lo rodean, y de la existencia de cuerpos colocados á distancias inmensas. A cada sensacion el alma conoce cosas nuevas; unas son relativas al bienestar del cuerpo; otras no sirven de comodidad y provecho á la sustancia que anima el espíritu. ¿A qué pueden serle útiles las infinitas estrellas que se descubren en el firmamento? ¿Y cuántas nociones adquiere el alma en virtud del ejercicio de sus potencias, meditando sobre las causas, efectos y fenómenos que acompañan á las sensaciones relativas al cuerpo? Aprende por este medio á medir el curso de los astros, á conocer el flujo y reflujo de

los mares, las propiedades de los animales, plantas y minerales, y otras innumerables cosas, unas mas grandes, otras mas pequeñas; pero todas encadenadas entre sí, y capaces de elevar el espíritu á la consideracion del Soberano Criador del universo. El alma hace mas; compara una sensacion con otra; examina su relacion, su oposicion, su concierto; corrige el testimonio de una por el de la otra; aplica el criterio de la razon para estimar su valor verdadero; usa de medios para disminuir la fuerza de las sensaciones, ó por el contrario, para hacerlas mas vivas é intensas: sabe el secreto de reiterarlas; y reuniendo á los principios generales de las ciencias, que posee en sí misma, el conocimiento de los hechos particulares adquirido por el ministerio de las sensaciones, abraza en sus concepciones el espíritu y la materia, la abstraccion y la realidad, lo grande y lo mínimo, y del conocimiento de los seres criados se eleva á la contemplacion del Sér Incriado y criador, que sujetándolas todas al imperio del hombre se ha dignado elegirlo para que participe de su felicidad eterna y sin medida.

LECCION V.

DE LA FACULTAD QUE TIENE EL ALMA DE
MOVER EL CUERPO.

Nosotros no solo sentimos la impresion que los cuerpos extraños hacen en nuestros órganos; sino tambien movemos los miembros de nuestro cuerpo; y por medio de estos movimientos nos acercamos á las sustancias que nos rodean; nos ponemos en contacto con ellas, y cooperamos así á la produccion de otras nuevas sensaciones.

Ignoramos el modo con que al imperio del alma

se mueva el cuerpo; pero “lo que es cierto y no admite duda, dice Mr. Destut Tracy, es, que nosotros podemos movernos en virtud de fuerzas existentes dentro de nosotros mismos, y sin que seamos obligados á movernos por la accion inmediata de ningun cuerpo extraño.”

En las sensaciones el alma depende de los órganos; en los movimientos voluntarios el cuerpo obedece al alma. La pronta obediencia de la materia al espíritu no nos admira; porque estamos acostumbrados á experimentarla; pero por poco que reflexionemos en ella nos llenarémolos de admiracion.

Para mover nuestra mano basta que queramos moverla; pero para producir este efecto, es necesario hacer obrar primeramente el cerebro, los músculos, los nervios, tal vez los espíritus animales; y de todas estas partes, de todos los resortes que ponemos en accion, solo la mano nos es conocida.

Quiero manifestar á otros mis deseos y mis pensamientos; y articulo las palabras convenientes, sin que sepa qué movimientos deban hacer la lengua y los labios; menos todavia el cerebro, los pulmones, y la traque-arteria, puesto que es necesario un estudio atento de la anatomia para conocer el mecanismo y las funciones de esas partes admirables.

Quiero beber algun líquido, y al punto la lengua se contrae, y se cierra la traque-arteria, sin que tal vez la conozca ni quiera cerrarla, ni sienta el modo con que esto se verifica.

Quiero ver á lo lejos, y la pupila del ojo se dilata; quiero ver de cerca y se contrae; sin que sepa quizá que sea capaz de este movimiento, que acompaña precisamente á la accion de ver, y el modo con que se ejecute.

Quiero alzar una cosa pequeña del suelo, y en el momento el cuerpo todo se inclina, dóblanse las rodillas, extendiendo el brazo, contraese la mano, y los dedos por un movimiento simultáneo se aplican y